

Pan, Camino, Verdad, Vida, Resurrección, Maestro, Luz, Rey, Vid. El recorrido se cierra con los Nombres de Cristo en el Apocalipsis (137-150) y una brevísima conclusión (151-152).

A lo largo de la exposición se advierte un gran conocimiento de la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, de la historia de Israel, del mundo bíblico, de la literatura espiritual clásica, de los Padres de la Iglesia. El autor pone todo este acervo a disposición del creyente medio, instruyéndole en la fe de la Iglesia, con sensibilidad litúrgica y para las dificultades ordinarias, propias de nuestro tiempo. Se trata de un volumen con alto contenido teológico, presentado de modo muy accesible. Pese a que niegue pretensiones de cientificidad, demuestra gran dominio del tema, desde los presupuestos filológicos, pasando por la selección de las citas bíblicas, continuando con la fundamentación teológica, sin dejar de lado las aplicaciones para la vida espiritual. GABINO URÍBARRI BILBAO, SJ

James, William. *Varietades de la experiencia religiosa. Un estudio de la naturaleza humana*. Traducción de J. F. Yvars, Estudio Introductorio de M. Fraijó. Madrid: Editorial Trotta, 2017, 429 pp. ISBN: 978-84-9879-712-1.

La editorial Trotta ha inaugurado recientemente la colección «Torre del Aire». Como explica en su página web con motivo de su lanzamiento, «las torres del aire o del viento son construcciones levantadas en algunas poblaciones iraníes próximas al desierto», aunque no faltan en la arquitectura ibérica. «Construidas con materiales sencillos pero resistentes, recogen el aire fresco de las capas altas de la atmósfera y permiten olear y refrescar las viviendas de su alrededor. Han resistido las inclemencias de todas las estaciones y de la historia. Se llaman *badgir*».

Con esta inspiración arquitectónica, Trotta quiere acoger en su colección una serie de «libros no urgentes ni excesivamente movilizadores, pero necesarios, que se resisten a convertirse en inexistentes». La obra que recensionamos es una con las que se inicia esta inquietud editorial y académica, que ya suma cinco títulos.

En efecto, *Varietades de la experiencia religiosa –The Varieties of Religious Experience–* de William James, no es un libro nuevo, ni quizá urgente, pero su presencia es incontestable en el ámbito intelectual y, también, cotidiano, en el que lentamente se han ido filtrando y asentando sus postulados. Todavía hoy, sus conclusiones sobre la experiencia religiosa son la base de no pocos estudios de psicología religiosa, filosofía de la religión y teología. Publicado en 1902, ha tenido diversas ediciones en castellano, siempre dependientes de la traducción de José F. Yvars. La presente edición es prologada de forma sugerente y brillante por Manuel Fraijó, catedrático emérito de Filosofía de la Religión e Historia de las Religiones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

La perennidad de la obra de James, que muchos estudios actuales de la religión y de la mística tienen como referencia, surgió de las «Gifford Lectures» pronunciadas en Edimburgo en 1901 y 1902. Sumando un total de veinte conferencias, fueron agrupadas en catorce capítulos más un *postscriptum* componiendo la obra. La opción epistemológica del autor se circunscribe en el ámbito de la psicología, aunque no faltan insinuaciones –o injerencias en algún momento– filosóficas y teológicas, sobre todo, al final de la obra. Con todo, es inevitable que su prospección psicológica no sea deudora de una corriente filosófica, típicamente anglosajona: el pragmatismo, como recordará al final.

Los dos primeros capítulos son destinados a la delimitación del tema y a exponer sus opciones metodológicas. Desde el pragmatismo considera la validez de la experiencia religiosa y de la misma religión en función de los frutos que se dan en el individuo. En la medida en que la vivencia de la religión ayude a vivir, esta será válida. De ahí que su estudio se centre en la experiencia individual. No entrará, en una valoración de las religiones o de determinados credos como estructuras sociales, tampoco en su fundamentación filosófica o en la divinidad adorada. Solo en la individualidad de la experiencia. Así, propone la siguiente definición de religión: «los sentimientos, los actos y las experiencias de los hombres particulares en soledad, en la medida en que se ejercitan en mantener una relación con lo que consideran la divinidad» (52). En esta definición emerge uno de sus postulados centrales, que considera el sentimiento como criterio de validez de la experiencia. Por este motivo, el texto de James está plagado hasta la extenuación, de multitud de testimonios desde los que elabora sus conclusiones o que corroboran sus postulados. En ocasiones, pese a la riqueza testimonial, su prolija acumulación hace que la lectura avance muy lentamente, aspecto que es disculpado repetidas veces por el autor.

Sin querer entrar en cada uno de los capítulos, para lo cual remitimos a la introducción y al índice que ofrece la editorial, nos detenemos a comentar algunos aspectos de especial relevancia.

Los capítulos cuarto y quinto, en los que se recogen las Conferencias IV-VII, James estudia dos formas básicas de experiencia religiosa: la religión de mentalidad sana y la enferma. Por la primera forma entiende aquel fondo de optimismo que late en la conciencia del individuo, más allá de cualquier dificultad o dolor. Todo tiene un sentido, todo está integrado en un fondo común con el que hay que conectar. Esta forma de religiosidad, típicamente natural, tiene expresiones en el vedantismo y se muestra con claridad en el llamado *mind cure* (98) –movimiento psicológico-religioso de curación mental–. Cuando se leen estas páginas, la distancia de más de un siglo con la obra se estrecha y pareciera que se está describiendo la situación espiritual contemporánea. En efecto, las tendencias actuales del ateísmo sagrado o espiritual, el recurso a técnicas orientales o de autoayuda que hoy inundan nuestras librerías, ya se podían ver a finales del siglo XVIII. Por contraste, el autor describe el alma enferma, donde el arrepentimiento o la melancolía por un estado de perfección, pueden llegar a estados patológicos.

Con todo, James valora positivamente esta forma de religiosidad –sin llegar a los estados patológicos–, pues, según considera, se toma más en serio la vida y no pasa de puntillas por el dolor, el sufrimiento o el problema del mal. Auténticas experiencias vitales que «pueden ser la mejor clave para descubrir el significado de la vida» (148).

Otros capítulos de especial relevancia son el séptimo y el octavo –Conferencias IX-X–, destinados a la conversión. Esta es descrita como una conmoción emocional, súbita o continuada, que provoca en el sujeto religioso una inversión intencional en su existencia. A partir de ella, adquiere un nuevo centro desde el que articula todos los ámbitos y niveles de su vida, llegando a asimilar creencias más allá de lo racionalmente comprensible. En este momento, el sujeto no se pertenece a sí mismo, sino que cede todo a un control superior, a «la realidad de no visible» (228).

A partir de esta actitud o experiencia, los capítulos noveno y décimo, que incluyen las Conferencias XI-XV, se centran en la santidad como ideal religioso. Más allá de las extravagancias psicológicas de unos u otros ejemplos, James valora positivamente la aportación de los santos, en cuanto que ejemplifican los frutos (referencia al carácter práctico de la religión) en su estado más logrado. De ellos, el autor destaca la pureza o caridad, el ascetismo y la pobreza, rechazando frontalmente toda tentación al fanatismo o la ingenua devoción. En este capítulo acuña un término que describe este estado como *teopático* (280), teniendo éxito hasta nuestros días.

De igual modo y por último, el capítulo once –Conferencias XVI-XVII– ha sentado una consistente base para los posteriores estudios sobre el misticismo. E. Hunderhill, J. Martín Velasco o M. C. Bingemer se hacen eco de la caracterización realizada por James. Este aún la diversidad de las experiencias místicas desde la inefabilidad, la cualidad del conocimiento, la transitoriedad y la pasividad (306). Quien ha padecido esta conversión, que trasciende lo meramente conceptual, lejos de una vida aislada es lanzado intensamente hacia la acción transformativa –de ahí su reconocimiento y admiración a Ignacio de Loyola–. Por eso, los místicos son capaces de las obras más audaces, puesto que relativizan toda autoridad externa a favor de la autoridad absoluta de quien los ha visitado.

James termina su obra reseñando otras características del hecho religioso –lo estético, la plegaria– haciendo algunas consideraciones filosóficas de carácter pragmático y afirmando, más allá de la epistemología psicológica, que «Dios no es conocido, no es comprendido, es simplemente utilizado» (398). Este uso de Dios, en la medida en que aporte alguna solución a la cuestión de la felicidad humana, será el criterio de validez de la religión.

Como vemos, si bien es cierto que la valoración de lo religioso en general es positiva para James, su acercamiento no deja de ser reductivo y reductor, tanto desde la filosofía como desde la teología. Sin poder recusar ninguna de sus descripciones y alguna de sus conclusiones, no podemos más que objetar que el estudio de James describe un Dios que nos sirve más que un Dios al que servir.

Como podemos imaginar, la valoración de la realidad siempre quedará inconclusa e insuficiente desde el prisma de la utilidad o la inutilidad. Pese a esto, la deuda con el psicólogo neoyorkino es impagable al propugnar el estudio de las religiones mediante una nueva ciencia, la Ciencia de las Religiones, como repetidas veces trata de animar en su obra. Por este motivo y por todas las ganancias adquiridas en su desarrollo, la lectura de la obra es obligada para quienes deseen acercarse al fenómeno religioso, independientemente de su disciplina de estudio. Sin duda, hay que agradecer una vez más a la editorial Trotta, que siga haciendo accesible esta y otras obras al público de habla hispana a favor de la cultura. SANTIAGO GARCÍA MORUELO

Gagliardi, Achille. *Comentario a los Ejercicios Espirituales de san Ignacio*. Editado por José A. García. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018, 222 pp. ISBN: 978-84-271-4234-3.

Achille Gagliardi (1537/8-1607), jesuita italiano, ejerció un influjo hasta ahora poco conocido en la espiritualidad de los siglos XVII y XVIII. Con la presente edición de este *Comentario*, traducido por Ramón Gómez y editado por José Antonio García, contribuye a la continuidad del carisma ignaciano y al rico patrimonio que generaciones anteriores han legado al ministerio de dar los *Ejercicios Espirituales* y a la elaboración teológica y espiritual subyacente de los mismos. La edición se estructura en dos partes: a) un comentario global a los *Ejercicios*; b) una explicación en detalle acerca del discernimiento de espíritus.

La *primera parte* permite a Gagliardi analizar los diferentes pasos y temas de la estructura de los *Ejercicios* realizando una distinción entre oración y examen como dos operaciones diversas. Así, el primer capítulo trata sobre la oración. Entrar a ella supone un «recogimiento previo del alma» (p. 40) y que se plasma cuando el texto ignaciano afirma: «Entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad» (*Ej* 5) o bien «resumiendo el ejercicio que tengo de hacer» (*Ej* 73). Dada la importancia de esta experiencia espiritual al modo ignaciano, Gagliardi recomienda dar una instrucción previa al ejercitante sobre qué es la oración y sus partes ya que esta, en definitiva, no deja de ser «la unión y participación con Dios por el coloquio, para conseguir por su medio los dones necesarios para la salvación y perfección propia y de los prójimos» (p. 43).

A lo largo de la tradición teológica y espiritual, de muchas maneras, sin cesar, se ha definido la oración. Pero, según el autor, la dimensión cristológica es central para comprender el *Deus semper maior*. Ahí radica la grandeza de Dios y la nada del hombre como «principio y fundamento» que persigue la vida en el Espíritu y sobre la cual se construye la indiferencia o la desapropiación de sí para que la voluntad humana se sumerja en la divina. A raíz de la estructura ignaciana, Gagliardi aborda los preámbulos o preludios (la composición de